

## Una inmensa superficie

**S**é perfectamente qué pasó ese año, no necesito ningún recordatorio: fue cuando murió mi papá. También fue el último año del siglo y cuando entré al plan común en la Escuela. En **1999**, hubo un terremoto que mató a 1.900 personas, una avalancha destruyó una aldea entera y se desató un macrovirus que atacó internet en todo el mundo. Pero no recuerdo nada de eso.

Recuerdo la bondad en la mirada de David Jolly, por esa época director de la Escuela, cuando fui a hablar con él una semana después del funeral de mi papá. Me dijo que podía tomarme mi tiempo en volver a clases, pero yo insistí en retomar de inmediato y él suspiró. Me negaba a vivir el duelo. Esa semana durante el taller de Amereida, el poeta Jaime Reyes exclamó que el suicidio era un acto de cobardía y los pocos compañeros que sabían sobre mi papá, bajaron la mirada. Esa frase y el silencio que le sucedió quedaron resonando dentro mío.

Los meses del otoño y del invierno se extendieron difusamente en mi memoria. Sé que cumplí con los encargos de taller, que asistí a clases y que aprendí. Sé también que hice amigos porque hay fotos. Estamos bajo el sol en el Patio de la Palmera, participando en un acto poético en las dunas, dibujando en un mirador de Valparaíso. Mi recuerdo se vuelve nítido durante la primavera cuando, a bordo de cuatro buses, viajamos a Brasil para la travesía de ese año, que yo sentí como algo inaugural entre todos esos finales.

La caravana se abría paso de noche por las rutas entre Vassa Barris y Muriaé. Mientras los demás compañeros dormían, yo abandonaba mi asiento y avanzaba a oscuras por el pasillo hacia el baño. Me encerraba ahí a fumar y me asomaba por la ventana para sentir el viento. A veces las ramas de los árboles de la selva me azotaban la

cara mientras pasábamos por *chuveiras* iluminadas por una sola ampolleta en medio de la carretera.

De día atravesamos un desierto que en el mapa era una inmensa superficie amarilla. Recuerdo mi caligrafía temblorosa sobre la página del cuaderno luchando contra los saltos en el camino y los colores cambiantes del cielo al atardecer. Tuve que aprender a incorporar el movimiento a mis dibujos. Llegamos temprano a Canudos, una aldea que, según nos dijeron, había muerto dos veces: la primera vez cuando un ejército en 1897 la convirtió en polvo y la segunda, tras renacer de sus cenizas, cuando un pantano la ahogó por completo.

No sé si las personas podemos morir dos veces, pero tal como la historia de ese pueblo siento que mi propia biografía se escribe así, una sobre otra. Todavía guardo la bitácora que hice de ese viaje. Hay preguntas sin responder sobre las cosas que terminan —¿qué es una ruina?— y también la descripción de un atardecer sobre el Polígono das Secas, donde Antônio Conselheiro tuvo sus profecías mesiánicas. La madrugada está descrita como la irrupción del día en la noche con una llamarada. Pienso que lo que nombraba ahí era mi propio dolor.

Esa mañana en Canudos, mientras descargábamos el equipaje, el muchacho que viajaba a mi lado se envolvió la cabeza con un pañuelo y se llevó la mochila a los hombros. Dijo que detrás de unas lomas de arena íbamos a encontrar las ruinas de Canudos y nos internamos por el desierto. Lo hicimos sin saber que lo que quedaba del pueblo estaba ahí mismo. Entre nosotros.

Ariel Richards Echeverría